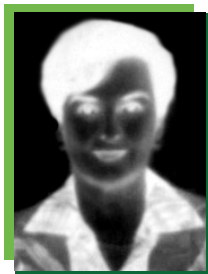


La educación para adultos



Edna Friné Portillo

Desarrollo



La Pedagogía como ciencia que se dedica a la formación y la educación de la persona en la niñez difiere en muchos aspectos de la Andragogía, disciplina que se encarga de la educación de la persona adulta.

Los niños y las niñas son enviados a la escuela porque sus padres creen en ésta como el vehículo hacia el éxito o simplemente para sus hijos tengan un mejor futuro que el suyo.

La persona adulta estudia porque necesita los créditos académicos por cuestiones laborales, porque quiere terminar lo que había iniciado o por alguna otra razón, pero no se puede decir que fue enviado a la escuela.

Sin embargo, vale la pena preguntarnos: ¿Cuándo alguien es adulto?

La antropología establece que la edad adulta se inicia a los veinte años y termina a los cuarenta. Entonces tenemos que a la Universidad nos llegan estudiantes que aún no están en la edad adulta y que por tanto debe tomarse en consideración que algunas de sus capacidades mentales y emocionales están en proceso; son personas que necesitan desarrollarse tanto en lo físico, como en lo intelectual y en lo emocional.

Basados en la reflexión anterior, llamaremos educación de adultos a todo proceso de aprendizaje destinado a personas que ya tienen experiencias educativas previas, de orden formal o no formal y de naturaleza variada; educación para adultos es un concepto amplio que puede comprender desde el proceso de lecto-escritura hasta niveles universitarios. Y si es sabida la importancia de diversificar los programas educativos en cualquier nivel y sistema, más aún en la educación de adultos debe diversificarse el enfoque educativo de esta rama de la educación.

Las personas adultas, en el momento en el que deciden estudiar, llevan un equipaje cognoscitivo y emocional que será determinante en su nueva fase de vida intelectual. En primer lugar, está un gran componente en toda acción humana: la voluntad, rectora de todo proceso como el impulso que las llevará por el camino del aprendizaje. Y en este

sentido, recordemos el pensamiento de Jaspers: "...lo que es por decisión es eterno".

Otro elemento determinante para iniciar el proceso educativo en la edad adulta es la decisión, que es la puesta en acción de lo que le dicta la voluntad. Pues sucede que a menudo se ha tenido el impulso de emprender alguna acción, pero no se tomó la decisión adecuada u oportuna para llevarla a cabo.

En la toma de decisión por estudiar en la edad adulta, la persona asume un compromiso con su educación y con su vida más intenso del que pudiera adquirir con otras personas o instituciones; es un

reto que ella misma se ha fijado, aun cuando hayan sido factores externos los que la hicieron tomar consciencia de la necesidad de actuar.

La experiencia de la persona adulta va a ser fundamental en este proyecto intelectual. Sin embargo, dicha experiencia puede ser ambivalente, porque habrá de depender del carácter de la persona y de su actitud ante la vida para que sus experiencias se constituyan en una camisa de fuerza que lo encierra en su pasado y sus modelos o paradigmas, o si esas experiencias, positivas o negativas, serán su riqueza y su fundamento para emprender este recorrido.

Debe recordarse que cada persona tiene sus parcelas emocionales bien definidas: una niñez marcada por el amor y el cuidado, o por el abandono y la pobreza; una juventud llena de realización personal, o por el contrario, una etapa de la que apenas se ha logrado sobreponer. El apartado emocional, pues, habrá de ser determinante para aprovechar el mundo afectivo del conocimiento y del enriquecimiento personal; debe considerarse que la persona adulta ya ha pasado por las pruebas de ensayo y error, y ya conoce sus fortalezas y sus debilidades en sus procesos de vida en

general, y en el aspecto educativo en particular. Lo anterior constituye una ventaja en el proceso educativo, porque tanto el docente como el estudiante van a actuar con más certeza.

Además, aun cuando sea de manera empírica o poco sistemática, el adulto conoce su propia manera de aprender, sus personales asociaciones o relaciones

con el conocimiento que tiene a la mano. Sabe, asimismo, cómo compensar sus deficiencias y establecer las conexiones entre sus procesos mentales para aprehender el conocimiento. El adulto ya sabe cómo aprender de manera más eficaz y pronta.

Otra ventaja del adulto en la acción de aprender consiste en que puede hacer transferencias de un área a otra con mayor facilidad porque la vida cotidiana, el trabajo y la vida social han sido una gran escuela para él. El adulto sabe cómo evitar tropiezos, superar las fallas y sacar el mejor provecho de su entorno para obtener buenos resultados en el proceso de aprender y en su proceso de vida.

Los docentes que se dedican a la educación de adultos deben tomar en cuenta que en la infancia la etapa lúdica cumple la misión de dar destrezas de movimiento, de proveer al niño y a la niña de conocimiento de su mundo exterior, de desarrollar la capacidad de comunicarse con los demás; el juego les da recreo mientras crecen y los transporta a otras vidas y a otras dimensiones. Los niños y las niñas juegan a ser grandes: médicos, ingenieros, bomberos, policías, choferes, enfermeras o abogadas; nótese que no juegan a ser niños porque quieren crecer, quieren ser adultos porque sienten que el mundo, siendo niños no les pertenece. Aún cuando corren, saltan, suben a los árboles o juegan con aparatos electrónicos, siempre están inmersos en un mundo que aún no les corresponde, el mundo adulto.

"Desde muy pequeño tuve que interrumpir mi educación para ir a la escuela"

Sir Bertrand Russell

De manera que si por naturaleza, el ser humano juega a ser otro, ¿A qué va a jugar el adulto? ¿Cuál es su recreo en la vida adulta? ¿Qué parcela de su vida suplirá la etapa lúdica de la infancia? Sin duda el adulto deberá encontrar la etapa espiritual que le dé el conocimiento, la realización personal, la autoestima, el deseo por crecer emocional e intelectualmente, y esa etapa puede llenarse a través del trabajo, el servicio a los demás, la creación y el estudio, y estos elementos no son excluyentes; pueden estar vinculados, relacionados o complementados para dar al ser humano la sensación y la vivencia del bienestar.

Cuando nos acercamos a la opinión que muchos escritores, filósofos e intelectuales en general tienen acerca de la educación formal, recordamos a Sir Bernard Shaw “Desde muy niño tuve que interrumpir mi educación para ir a la escuela”. La cita no deja de ser preocupante porque de una u otra forma casi todas las personas en algún momento de la vida lo han pensado, aunque no siempre lo han expresado.

Esa lapidaria sentencia de Russell no es sino un “consciente colectivo” en una sociedad que se ve defraudada por el sistema educativo de cualquier nivel. Debe considerarse que si bien es necesario asistir a la escuela para obtener créditos académicos, para socializar, y porque de alguna manera la escuela organiza y estructura el conocimiento, también es una verdad irrefutable que muchas veces el estudiante se pregunta: ¿Vale la pena escuchar esto? ¿Aprender esto?

Otras veces, los estudiantes se desencantan al descubrir que no hay nada nuevo en lo que lee y escucha en la clase, que la escuela, en cualquiera de sus niveles, no responde a las necesidades, intereses, gustos o vocaciones.

Pareciera que es algo obligatorio para todos asistir a la escuela o estudiar a distancia, pero que si se pudiera elegir, la

persona haría su propio currículum, sus guías de aprendizaje basadas en intereses propios, quizás más pragmáticos y susceptibles de aplicar a la vida cotidiana, y capaces de llenar su vida espiritual y emocional.

Resulta contradictorio que una persona que apuesta por la educación y que está consciente de que la persona instruida ve más y mejor la vida y escucha más y mejor el mundo, se cuestione acerca de la necesidad de asistir a la escuela. Sin embargo, tal vez no sea tan contradictorio como a simple vista se percibe, porque es precisamente por la valoración que da a la educación, que se resiste a que ésta sea tan aburrida, tan lejana a la realidad, tan ajena al mundo interior de los estudiantes. Podría decirse que muchos de los profesionales de esta generación somos sobrevivientes de un sistema educativo equivocado. Y muchas veces nos preguntamos si nuestra forma de aprender no fue, a la larga, más efectiva que la actual en la cual se permanece en constante copia de modelos extranjeros que tampoco sirven para los fines de nuestra propia idiosincrasia.

Siempre hay profesores recordados como quienes nos dieron la luz, auténticos Prometeos que despertaron en nosotros la curiosidad, el placer por aprender, la capacidad de observación de la vida circundante y el sentirnos parte del mundo. Pero también recordamos maestros o maestras arrogantes, con actitudes muy pobres, egoístas, aburridos, y por excelencia símbolos del magister dixit que tanto puede cansar y tan poco permite crecer. Y al recordar a estos últimos nos preguntamos ¿No hubiera sido acaso de más provecho quedarme en casa y leer a Shakespeare en vez de escuchar acerca de la vida de este autor?

¿No hubiera sido más agradable y enriquecedor hacer un círculo de lectura para discutir Hamlet, que asistir a esta clase? ¿No es mejor contacto humano el que se establece con el autor o el personaje de un libro, que el que puedo lograr con un maestro que no se interesa por la parte humana de la obra de

arte? O también cabría la pregunta: ¿Le intereso a este docente como persona que quiere aprender y crecer?

En este sentido, la educación a distancia puede ser una muy buena opción, aunque no siempre idónea, porque también está el riesgo de encontrarse con un docente frío e indiferente, con minusvalidez emocional o social, incapaz de atrapar el interés y el gusto de los demás por aprender.

De manera, que si hemos de interrumpir nuestra educación vertida de la propia vida, de las lecturas, del análisis serio, profundo e inteligente, de la reflexión y de la contemplación de un mundo rico en experiencias y aprendizajes, interrumpámoslo por un sistema educativo que crea en la persona como un compendio de facetas interesantes, únicas y portadoras de conocimientos y habilidades, en seres creadores en potencia o acto.

Y si la decisión es eterna, como sostiene Jaspers, la persona adulta tiene la gran oportunidad de elegir según su propia voluntad e intereses, y su proceso de aprender debe ser un acto de voluntad, para que éste sea libre, abierto, y capaz de desarrollar a un ser deliberante. El estudio en la edad adulta, por tanto, debe responder a las necesidades y sueños de un ser humano que ya está formado y que tiene la voluntad de crecer y comprender mejor el mundo. Un adulto que desea aprender más y aspira a compartir su aprendizaje con quienes lo rodean y que comparten con él la vida adulta.

La responsabilidad y el compromiso de los docentes que se dedican a la educación para adultos es grande; deben ser personas maduras, conscientes, abiertas, flexibles, libres de paradigmas y ortodoxia; ser personas que dominen su área del conocimiento, y capaces de transmitir, con verdadera pasión ese conocimiento, convencidos de que están contribuyendo a la formación de personas capaces de aportar a su país y a su pueblo. Ψ